

Envía tu Espíritu, Señor (Pentecostés)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Ven Espíritu Santo, entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro. Señor, abre nuestros corazones a tu Palabra, que tu gracia nos regale la comunión contigo. Amén.*

LEE

Con pausa, varias veces, hasta que empieces a entenderla. Dale tiempo al texto:

Jn 20,19-23

¹⁹ Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros».

²⁰ Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

²¹ Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

²² Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo;

²³ a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

Después del relato del sepulcro vacío (Jn 20,1-9) y de la aparición a María Magdalena (Jn 20,11-18), se narra la aparición de Jesús a los discípulos (Jn 20,19-23), un texto en el que se resume la experiencia de diversas manifestaciones de Jesús resucitado. En este breve pasaje el Señor resucitado cumple la promesa de encontrarse de nuevo con los suyos y de enviarles el Espíritu (cf. Jn 14,18.26; 16,16).

Pentecostés representa la conclusión triunfal del misterio pascual. Todo converge hacia el don del Espíritu Santo. Si Jesús ha sufrido, ha vencido a la muerte y ha resucitado, todo esto ha sido para comunicarnos el Espíritu Santo, que nos pone en íntimo contacto con la vida de la Trinidad.

Paz a vosotros. No se trata de un simple deseo, sino de un auténtico don. La paz que Jesús trae está basada en todo lo que a él le ha sucedido, en la fidelidad y el poder de Dios. La resurrección de Jesús es la garantía de esta paz. Puesto que Dios ha demostrado ser todopoderoso y fiel, en el corazón de los discípulos ha de reinar la paz. Ellos pueden sentirse plenamente tranquilos y confiados, seguros de su vida, ya que se encuentran bajo la protección de Dios. Dios es más fuerte que todos sus enemigos, lo pone de manifiesto Jesús, que está vivo ante ellos.

Les enseñó las manos y el costado. Son el carné de identidad de Jesús: es aquel que ha sido crucificado y que ha dado su vida por los hombres. Jesús en persona está vivo ante los discípulos, el mismo que ha muerto en la cruz por ellos y que por ellos ha derramado su

sangre. Frente a su sufrimiento y a su muerte, los discípulos habían quedado profundamente decepcionados, llenos de miedo y de angustia. Ahora se sienten llenos de alegría, su corazón rebosa de dicha y de gozo.

El momento del encuentro con el Resucitado es también el momento de la misión de los discípulos. Ellos que han acompañado a Jesús desde el principio se van a convertir en testigos de todo su camino y de toda su misión. Es Jesús el que la inaugura cuando les repite el saludo de la paz, una paz que les acompañará por los caminos que recorran, la paz de aquel que ha vencido la muerte. Sólo en la unión con Jesús, sin confiar en las propias fuerzas, podrán los discípulos llevar a cabo su misión. Jesús confía a los discípulos la misión que él ha recibido del Padre: **“Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”**. Jesús en toda su actividad ha manifestado su vinculación total al Padre. Como Jesús está vinculado y obligado al Padre, así los discípulos deberán estar vinculados y obligados hacia su persona. Ellos han de presentarse en el nombre de Jesús y deben continuar su obra en el mundo: dar a conocer al mundo a Dios como Padre y cargar sobre sí los pecados del mundo. Hasta que Él vuelva en gloria y majestad.

Recibid el Espíritu Santo. En el envío a la misión, el Resucitado exhala su aliento sobre los discípulos y les transmite el Espíritu Santo. Es el Espíritu de vida, que capacita a los discípulos para cumplir el encargo recibido. Jesús está lleno del Espíritu Santo y en él lleva a cabo su propia misión. El Espíritu es el vínculo vivo de Jesús con Dios: en cuanto Hijo de Dios, Jesús está completamente orientado hacia el Padre y unido a él con el amor más íntimo y la más profunda familiaridad; su comunión es su vida, y esta comunión la viven Padre e Hijo en el Espíritu Santo. El Dios y Padre de Jesús es también el Dios y Padre de los discípulos de Jesús. En el Espíritu Santo, Jesús les da a los suyos su comunión viva y vivida con el Padre y les habilita para cumplir su misión.

HABLAR CON DIOS (REZAR)

“Envía tu Espíritu, Señor y repuebla la faz de la tierra”. Con esta antifona del Salmo 103 la Iglesia hace un eco universal y vuelve a repetir que no puede vivir sin este don de lo Alto que hace nuevas todas las cosas.

Hoy escuchamos antes del Evangelio un himno que pide a Dios el Espíritu Santo: *“ven Espíritu Divino...ven dulce huésped del alma...entra hasta el fondo del alma...y danos tu gozo eterno”*. Petición que será escuchada pues Jesús entrará en nuestras vidas, tantas veces agarrotadas por el miedo y nos dará su Paz; se hospedarán con nosotros y nos exhalará su Espíritu para que desempeñemos bien la misión de los amigos del Resucitado: ser embajadores de la misericordia de Dios que se traduce en amor y en perdón incondicional.

Ven Espíritu Divino, manda tu luz desde el cielo, Padre amoroso del pobre; don en tus dones espléndido; luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos. Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos.

Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero. Reparte tus Siete Dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito; salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.